

Vicente Quirarte

Cómo luchar contra ángeles oscuros

Sandro Cohen

Por Sergio López Mena conocí a Vicente Quirarte. Sergio y yo éramos compañeros de posgrado en Filosofía y Letras de la Universidad Nacional Autónoma de México. Mi compañero de seminario conocía mis pininos poéticos y me parecía que a él le entusiasmaba la idea de que Vicente y yo nos conociéramos. “Trabaja aquí cerquita —me decía—. ¡Ándale! Se van a caer bien”.

Me llevó a alguna oficina universitaria donde Vicente trabajaba bajo la égida del doctor Diego Valadés. Creo que despachaba en la Torre de Rectoría en Ciudad Universitaria. Estoy casi seguro de que para entonces yo había leído *Calle nuestra*, su segundo poemario, el cual me había deslumbrado. Recuerdo de ese primer encuentro su sonrisa y su portafolios de piel, tan inseparable de él como su sonrisa.

Muy pronto Vicente me confió que su padre —el historiador don Martín Quirarte— acababa de morir, que se había suicidado. De inmediato comprendí la sonrisa: pertenece a aquel que lucha, a brazo partido, como Jacob, contra un ángel oscuro, pero no desea que los demás sepan a qué grado lo penetra el dolor, la tortura de la impotencia. Yo aún desconocía la orfandad, pero cuando mi padre falleció, de repente, en abril de 1982, Vicente y yo nos acercamos, nos hermanamos aún más.

A lo largo de esos años nos haríamos amigos y nos bifurcaríamos muchas veces. Él tenía desde antes el privilegio de conocer y tratar cercanamente a Rubén Bonifaz Nuño, uno de sus *ángeles*, uno de sus padres adoptivos, pero yo solo había tenido el gusto de conocer sus versos recopilados en *De otro modo lo mismo*, el cual había aparecido por esos años, en 1979 para ser exacto, el mismo año en que Vicente publicó *Calle nuestra*. Yo no conocería en persona al

autor de *El manto y la corona* y *Los demonios y los días* hasta 1982, cuando los tres coincidimos en un viaje a Nueva York, ahora legendario, que emprendimos en compañía de Marco Antonio Campos, Bernardo Ruiz, René Avilés Fabila y Martha Robles, todo bajo la bohemia coordinación de Carlos Montemayor. De ese viaje surgió la Cofradía de Los Calaca, la cual Vicente menciona con tanto cariño en *La Invencible*,¹ libro que me ha inspirado para redactar estos recuerdos.

A partir de ese viaje, compartimos al mismo padre adoptivo, a Rubén, quien me ha enseñado más del arte y de la vida que cualquier otro maestro en salón alguno, que cualquier otro ser humano. Vicente y yo éramos ya hermanos en la poesía, hermanos en la orfandad y hermanos también por ser hijos del mismo padre adoptivo.

Yo, a mi vez, lo llevé a conocer a Luis Mario Schneider,² a mi primer padre adoptivo, pues fue él quien me había convencido, en 1973, de venir a estudiar a México, a la UNAM. Llegué en agosto de ese año, poco antes del terremoto que devastó a Puebla y que tiró la Ibero, apenas un par de semanas antes del golpe de Estado en Chile. Si Vicente desde entonces tenía la comezón del investigador, gracias a don Martín, creo que se acrecentó al tratar de cerca a Luis Mario, un Sherlock Holmes literario incansable a quien daba lo mismo trabajar en miércoles que en sábado o domingo. Esto, a Vicente, le parecía sorprendente y admirable (a mí me parecía *normal*, por lo menos en Luis Mario). Sobre el piso de su biblioteca de Malinalco, en cualquier momento

¹ Vicente Quirarte, *La Invencible*, Joaquín Mortiz, Ciudad de México, 2012, 144 pp.

² Luis Mario Schneider murió el 18 de enero de 1999, no por suicidio sino como Mozart, por lo que no es difícil caracterizar como *un exceso de vida*.

dado, Luis Mario acomodaría varias altas pilas de fichas bibliográficas: las semillas de sendos libros en que a la postre se convertirían. Luis Mario siempre las elaboraba en papel *bond* tamaño carta, cortado a la mitad con regla, y nunca en fichas de cartoncillo como se acostumbraba en aquel entonces. Jamás trabajaba en un libro solo sino en tres, cuatro o cinco al mismo tiempo.

VICENTE QUIRARTE, HOMBRE DE LETRAS

He seguido de cerca la poesía, la dramaturgia, la prosa y la vida de Vicente a lo largo de los últimos treinta y tres años. Toda una vida. No ha sido fácil. Sentí por él, desde que lo conocí, una hermandad que únicamente he experimentado con un puñado de personas. Con mis dos hermanos de sangre, desde luego, Joseph y Edward; con nuestro coetáneo, José Rafael Calva, que en paz descansa; con Bernardo Ruiz e Ignacio Trejo Fuentes, compañeros de ruta infalibles, y con la enorme figura de don Rubén, quien era, al mismo tiempo, hermano y padre. Y también lo he sentido con otro hermano que nada tiene que ver con la literatura, ex alumno de la Universidad Autónoma Metropolitana, Mario Nava Pérez, quien en su humor y estoicismo a veces impenetrables se parece mucho a mi padre y a mi hermano menor. Mario, Vicente y yo —muchas veces acompañados por Severino Salazar, otro colega de la UAM, y que en paz descansa— hemos corrido juntos, de manera literal, un sinfín de kilómetros.

Jamás dejo de mencionar, cuando surge en alguna conversación, que fue Vicente quien me inició en las delicias de la carrera de fondo, o de *largo aliento* (porque tal como se atestigua en *La Invencible*, escri-

bir un poema es como una carrera larga, y requiere —precisamente— gran aliento). Con Vicente fallé en mi primer intento de completar un maratón, el de los Trabajadores. Al kilómetro 33 —de nuevo aparece esa cifra— le confesé que no podía más, que si él quería, podía seguir hasta la meta con absoluta confianza. Él me dijo, entonces, que el anuncio de McDonalds sobre el Periférico a la altura de Polanco nunca le había parecido más hermoso. Y una Coca con hielo jamás me había sabido tan rica.

Seguimos corriendo en justas de 10, 15, 21 kilómetros... La primera fue de 16, que había terminado en el Monumento a Obregón en San Ángel. Yo llegué a correr y terminar cuatro maratones, incluido uno a campo traviesa de México a Cuernavaca.

Seguimos adelante y entre mis grandes alegrías —amén del éxito profesional de mis hijas Yliana y Leonora, y de Nathanael, para mí el mejor *chef* de Buenos Aires— se encuentra mi amistad con Vicente. Incluso he tenido la fortuna de poder publicar dos

obras tuyas, su magnífico, desgarrado y desgarrador *Zarabanda con perros amarillos* y el intenso *Nuevos viajes extraordinarios*.

Agradezco la oportunidad de aclamar a *La Invencible*, el necesario panegírico a —y ajuste de cuentas con— don Martín Quirarte y, al mismo tiempo, de su hermano Ignacio, cuya vida Vicente celebró y cuya desaparición adelantada lamentó en *Zarabanda*... Este libro, *La Invencible*, me ha hecho reír y llorar alternada y repetidamente. Son tantas las paralelas que en él encuentro, tantas las coincidencias en amigos, gustos, experiencias, triunfos y fracasos, que no puedo sino sentir que el libro es también mío, que me pertenece, o que —mejor dicho— *nos* pertenece. Porque en él está imbricada, asimismo, la vida de Eusebio Ruvalcaba, amigo de la infancia y de la madurez de Vicente, cuyos padres fueron, en vida —y de modo asombroso— amigos y espíritus gemelos. Y de esta misma manera, halló la amistad de Frédéric Yves-Jeannet, por razones paralelas y, por demás, parecidas.

La Invencible es una meditación en la vida y lo que significa el que uno se la quite, cómo esto afecta a sus seres queridos, cómo los hiere y de qué manera los obliga a crecer y ser fuertes, o sucumbir ante el demasiado dolor. Hay días en que la muerte parece un canto lejano, una sirena que apenas escuchamos al fondo de una gran sinfonía vital, y hay ocasiones en que percibimos, en que *olemos* su testuz de baba viscosa en la nuca, y en que escuchamos su jadeo impertinente. Y tememos que ese aliento, que ese sonido tan horrendo se convierta en un canto de ángel irresistible, mucho más hermoso que las promesas por esta vida ofrecidas. *La Invencible* es el testimonio de quien ha luchado contra ese ángel oscuro, como Jacob, para vencerlo una y otra vez. Parafraseando el libro de Génesis, podríamos afirmar lo siguiente: “No se dirá más tu nombre Vicente, sino Poeta, porque has luchado con la Muerte y con los hombres, y has vencido, porque has creado *vida* con cada poema que nos entregas”. **U**

